



I DOMINGO DE CUARESMA*

“El Espíritu le empujó al desierto durante cuarenta días, siendo tentado por Satanás”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Génesis 9,8-15; 1 Pedro 3,18-22; Marcos 1,12-15

Hemos entrado en el tiempo de Cuaresma, cuarenta días de preparación para la celebración solemne de la Pascua. En la liturgia del “miércoles de ceniza”, con el que se inicia la cuaresma, se leía un texto de la segunda carta a los Corintios que dice: “ahora es un tiempo –*kairós*- favorable, un día de salvación” (6,2). Esta cuaresma se nos ofrece como una oportunidad para algo nuevo y mejor. El rito de la “imposición de la ceniza” es un llamado a la conversión, una exhortación: “conviértete y cree en el evangelio”. Conversión a Dios, mientras caminamos por esta tierra y este tiempo. El paso por la pandemia nos ha descolocado: lo que creíamos nuestros mayores éxitos y logros resultaron extremadamente frágiles, nuestros modelos para organizar la sociedad y dominar las potencialidades de la naturaleza se manifestaron inservibles, el grito de la tierra se une al grito de los pobres para reclamar una conversión de la entraña egoísta y autorreferencial -pecaminosa- que configura la humanidad que se venía construyendo. La lectura del Génesis resulta muy elocuente: Dios establece, después del “Diluvio”, una nueva alianza, pero esta vez “con todo ser vivo”. La tarea del ser humano adquiere una dimensión más amplia. La que hoy llamamos “ecología integral”, la que integra el clamor de los pobres y el grito de la naturaleza. Y en este tiempo de terribles guerras, destructivas de “todo ser vivo”, la alianza ofrecida por Dios en el Génesis confiere a esta cuaresma un llamado a convertirnos para ser promotores de la paz y críticos de políticas que ponen por delante el interés económico de las grandes potencias a la defensa y cuidado de la vida.

Cuaresma alude a los cuarenta años del camino del pueblo de Israel hacia la tierra prometida y a los cuarenta días de Jesús, tentado en el desierto. Es tiempo de camino hacia la Pascua liberadora del Señor, su muerte y resurrección, en la que por el bautismo hemos sido insertados. Y es también un tiempo de discernimiento en este “desierto” en

* Ciclo A

el que abundan las tentaciones que asechan sin cesar. Para unos son las tentaciones de la corrupción en todas sus formas, el ansia de poder; para otros el silencio y la indiferencia, atentos solamente a su propio bienestar.

La lectura del evangelio de Marcos anuncia de manera escueta que, después del bautismo y antes de comenzar su tarea evangelizadora, “el Espíritu le condujo al desierto... siendo tentado por Satanás”. Los otros evangelistas sinópticos, Mateo y Lucas, amplían el relato precisando el contenido de las tentaciones. La voz que Jesús había escuchado en el bautismo había sido bien clara: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco”. Sabía a singular vocación y a misión. Pero no estaba dicho cómo vivirlo en concreto y en medio de un pueblo que tenía sus expectativas respecto del Mesías de Dios, y de autoridades que desde el comienzo iban a estar al acecho de sus acciones y enseñanzas. Jesús, humano como nosotros, necesitó un tiempo, largo e intenso -cuarenta días, en el desierto- para entender y asumir. Fue un proceso “espiritual” –“el Espíritu le empuja” y acompaña- de discernimiento para descubrir y abrazar un mesianismo, no de privilegios, prodigios y poder (ver en Mt.4.1-10 el contenido de las tentaciones), sino de servicio y entrega de su vida por los demás, como el mismo Jesús explicará: “el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos” (Mc. 10,45). Conducido por el Espíritu, Jesús decide en libertad plena el sentido de su vida y de su misión. Ser Hijo predilecto de Dios, del Abba, lo ha de vivir en obediencia y disponibilidad, como lo afirmó en el otro gran momento de discernimiento y decisión al final de su vida: “no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú” (Mc.14,36).

La tentación radical -para Jesús y para quienes le siguen, y en definitiva para todo ser humano- en eso consiste: ordenar la propia vida en función de sí mismo, de sus intereses o encauzarla hacia el “Reino de Dios”, que supone orientar la mirada a la dignidad y la “vida buena” de todos. Lo malo de la tentación radica en que no se vence de una vez por todas. Jesús tuvo que encararla de nuevo ante Pedro, que cual “Satanás” (Mc 8,33), trata de disuadirle del camino que lleva a la cruz; y finalmente en Getsemaní, cuando siente “pavor y angustia” ante la posibilidad cercana de una muerte violenta (Mc.14,33). La tentación forma parte de la misma condición libre del ser humano y del seguimiento libre de Jesús. Pero es también oportunidad para ratificar nuestras opciones de vida y confirmar con creciente madurez y voluntad nuestra decisión de seguimiento.

El “desierto” en la Biblia simboliza el lugar del encuentro con Dios. Sin otras presencias que distraigan, uno se encuentra solo ante el misterio de Dios. No hay señales indicadoras del camino, quizá algún pequeño oasis para refrescarse y retomar el camino. Solo la fe recuerda austeramente que no estás absolutamente solo. Que es una soledad habitada por la presencia misteriosa de Dios, que es ocasión para encontrarse con lo más hondo de sí mismo, para rezar y confiar.

Jesús, vencida la tentación, se confirma en el camino de la fidelidad a ser “Hijo amado” en medio de sus hermanos y sólo quiere ser para ellos una “buena noticia”: “el Reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean”. La “buena noticia” es que Dios “reina”,

que su amor prevalece en medio de todas las circunstancias, aun las adversas, y busca alcanzar a todos los seres humanos, aun en medio de egoísmos e injusticias. Dios “reina”, pero al estilo de Dios, no como los reyes y “jefes de las naciones que las oprimen con su poder”, sino ofreciendo una justicia nueva y extraña, “su justicia” (Mt. 6,33), la que pone un cuidado preferente en el derecho de “la viuda, el huérfano y el migrante”, de los que sufren y los pobres. El reinado de Dios es la fuerza de su amor que, desde dentro de los seres humanos, incansable, impulsa a la fraternidad sin distingos ni exclusiones. Históricamente es resistido por la “tentación” del egoísmo, de la injusticia y de la indiferencia. Por eso Jesús añade: “conviértanse y crean en la buena nueva”. Sin “conversión”, sin cambios precisos de actitudes y de mentalidad, no habrá Reino de Dios, ni fraternidad. Pero esa conversión no se impone por la fuerza, nace de la confianza en lo bueno y saludable de la “buena nueva”. Para las personas creyentes significa fiarnos de Jesús, de su apuesta decidida, hasta la cruz, por la causa del Reino, de su manera de acoger la voluntad de Dios en la entrega y servicio a los pobres e insignificantes.

La primera lectura, del Génesis, nos lleva a pensar en la alianza que Dios propone a Noé después del desastre del diluvio: “mi alianza con ustedes y con todo ser vivo que los acompaña...y toda la vida que existe sobre la tierra”. La cuaresma nos encamina hacia la celebración de la “nueva alianza”, que se instaura en la Pascua de Jesús -su entrega hasta la muerte aceptada por el Padre resucitándolo de entre los muertos-, culmina y es plenitud de aquella alianza de tiempos de Noé, reconcilia con el Padre a la humanidad y a la creación entera que, como bien recuerda Pablo en la carta a los Romanos, espera “ser liberada de la esclavitud de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (Rom.8,21). El llamado a conversión de la cuaresma no debería olvidar esta dimensión del cuidado de la vida de las personas y de la naturaleza.

Un texto de la Primera carta de Pedro completa las lecturas de este domingo. Recuerda el carácter salvífico - “para llevarnos a Dios”- de la muerte de Jesús, al que accedemos por el bautismo, que nos otorga “una buena conciencia por medio de la resurrección de Jesucristo”. Desde este primer domingo se afirma que la cuaresma no alude sin más a la muerte de Jesús por los pecados. Su mira apunta a la resurrección, su meta es la vida nueva, la humanidad nueva, el triunfo de la vida sobre las fuerzas de la muerte

Aprovechemos la cuaresma, tiempo *-kairós-* oportuno e intenso de conversión, para recentrar nuestra vida en el seguimiento de Jesús, en el misterio de su muerte y resurrección, en su entrega a los que sufren, para que podamos vivir con todas y todos una vida nueva y resucitada. El Papa Francisco, en su mensaje para la cuaresma, la propone como un tiempo para “renovar la fe, la esperanza y la caridad”, es decir, los ejes centrales de la vida cristiana

Encontremos un tiempo para reflexionar y orar en el desierto de nuestra intimidad y así descubrir y afrontar las formas peculiares de tentación que nos asechan durante este tiempo difícil e incierto. Pero sobre todo para convertirnos a una fidelidad concreta a la acogida de la “buena nueva”: “el Reino de Dios está cerca”.